

## **EPISTOLARIO (1948-1956)**

**Zenobia CAMPRUBÍ**  
**Graciela PALAU DE NEMES**

**Emilia CORTÉS IBÁÑEZ (ed.)**

(Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes,  
2009. 305 páginas)

El epistolario -pulcramente editado por Emilia Cortés Ibáñez y publicado con su acostumbrado esmero por la Residencia de Estudiantes- incluye, además de las cartas, fotos de Zenobia y de su joven amiga, así como de su entorno en Maryland y Puerto Rico. Incluye también una valiosa introducción en la que se presenta a Graciela Palau de Nemes, se dan los antecedentes de su larga y estrecha amistad con los Jiménez, se narra la historia de las cartas y se comentan sus temas. Valioso para el manejo del volumen resultan los índices, uno cronológico de las cartas y otro onomástico, tanto como las copiosas notas que contextualizan los textos. De particular interés histórico es también un apéndice con documentos y precisiones sobre la intervención de Graciela Palau y la Universidad de Maryland en el proceso de solicitud del Premio Nobel.

El término “epistolario” tiende a evocar imágenes de elocuentes y elegantes cartas entrecruzadas entre personajes de alto protagonismo histórico. En el caso del que edita Emilia Cortés, no se cumple tal expectativa. Sus protagonistas no son personajes estelares -a pesar de la importancia individual e histórica de cada una de ellas- sino más bien personas íntimas y familiares cuyas confidencias, aunque no

arrojan luz sobre densos secretos históricos, son fundamentales para entender detalles esenciales de los últimos años del Andalúz Universal. El ser personas del mundo cotidiano las convierte, además, en modelos paradigmáticos de la amistad femenina, es decir, de una relación en la que dos mujeres -en este caso, Zenobia Camprubí, la sexagenaria y respetada esposa del poeta español Juan Ramón Jiménez, y Graciela Palau de Nemes, estudiante de postgrado, primero, y profesora de la Universidad de Maryland después- entablan una relación epistolar que transforma la situación vital de cada una de ellas: la mayor pasa de apoyar a su joven amiga en la investigación de la vida y la obra de su marido, a depender cada vez más de ella, agobiada por el desconcierto de su enfermedad.

Cortés Ibáñez señala la naturalidad con que estas cartas permiten conocer a dos mujeres excepcionales: “Zenobia y Graciela, tan distintas pero tan parecidas en su condición de mujeres abiertas y habladoras, nos permiten con estas cartas, de detallada cotidianidad, llegar a la persona, al individuo, conocer el día a día que las ocupa, con sus alegrías, preocupaciones y zozobras, con todo eso que las hace más humanas, más próximas al lector” (xx). Además de dar a conocer a dos seres únicos, los textos de Zenobia ratifican información que ya se conocía a partir de la publicación de sus cartas a Guerrero Ruiz tanto como con la de sus *Diarios*, pero además, y de manera implícita, también muestran al ser excepcional que fue Zenobia: la entereza de su carácter, el amor y la devoción que por su marido sentía, su ánimo para superar la falta de medios que sufrieron durante su exilio, su constante colaborar entre bastidores en pulir y conservar la obra de Juan Ramón, así como el desinterés con que siempre respondió a quienes (como Graciela) solicitaban su ayuda. La integridad de su carácter y la admiración que despertó en su joven corresponsal es patente en las palabras que Graciela emplea para describirla a Emilia Cortés: “Creo que ella es la persona a quien más he admirado en mi vida. Era recta, simpática, leal, agradecida, graciosa, ocurrente” (xv).

El epistolario consta de las ochenta cartas de Zenobia y cuarenta de Graciela que aún se conservan. Las primeras, de fines de la década del cuarenta, cuando ambas vivían en Maryland, no pasan de ser notas

de cortesía. La correspondencia en sí no se inicia hasta que los Jiménez se mudan a Puerto Rico, aunque el intercambio no se regulariza hasta 1954 cuando Zenobia pide a Graciela que la ayude a disponer de la casa que tenían en Riverdale y a enviarle sus pertenencias. Los detalles sobre la vida de la pareja que se sobrentienden leyendo los textos de Zenobia son numerosos y van desde el día a día de visitas, conferencias, clases y paseos hasta la estrecha colaboración que sostenía con su marido en la preparación de la *Tercera antología*, el establecimiento de la “Sala Juan Ramón Jiménez” y su ayuda a Graciela a principios de 1956 en la solicitud del Premio Nobel a la Academia sueca. Las de Graciela detallan información, tanto sobre su actividad en el traslado de los enseres y la biblioteca de los Jiménez como sobre su proyecto de tesis doctoral sobre la vida-obra del poeta. Con el creciente deterioro de la salud de Zenobia, la correspondencia se hace más íntima, y Zenobia comienza a apoyarse en su amiga no para solicitar favores materiales sino para sostenerla emocionalmente mientras hace planes sobre un proyectado -y fallido- viaje a España y la guía, muy enferma ya, para que pueda completar la solicitud del Premio Nobel.

La información que aporta este epistolario es fundamental para poder escribir una biografía definitiva del poeta, pero su contribución va más allá de lo puramente juanramoniano. Los detalles que proporcionan y las emociones que expresan las cartas editadas por Emilia Cortés Ibáñez son válidas por sí mismas; no sólo sirven para entender la centralidad de Zenobia en la creación y la preservación de la obra de Juan Ramón, sino para apreciar la significación de la propia Zenobia o para estudiar la complejidad y las insospechadas repercusiones de la amistad femenina.

María A. SALGADO  
The University of North Carolina at Chapel Hill